



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER (1).

Dalila, y la mujer del Levita de Efraim.

Dalila fué el malvado instrumento que sirvió para castigar la debilidad de una pasion; porque cuando el hombre se degrada hasta el punto de abdicar lo que constituye su dignidad ó su fuerza, es solo juguete de sus pasiones, que le conducen á la perdicion.

Así sucedió á Samson. Nacido entre los israelitas, y poseyendo una fuerza prodigiosa, era el enemigo mas temible de los filisteos, contra quienes se declaró, por vengar un engaño.

Hombre de astucia y de fuerza, vence con solo sus manos á un leon, y presenta una parábola ingeniosa. Con las zorras y con la quijada de un

asno destroza á sus enemigos, de quienes se deja aprisionar para ostentar en seguida su fuerza escapándose de Gaza, llevando las puertas colosales sobre sus hombros.

Los filisteos no hallaban medio de vencerle. Su orgullo resentido apeló á la traicion, y como ésta suele presentarse con dulzura, como el falso enemigo clava en nuestro corazon el puñal untado con miel, los sátrapas filisteos acudieron á Dalila, jóven que vivia entre ellos y era amada por Samson.

Débil y ambiciosa, trocó por unas monedas su cariño, y ofreció conseguir de su amado el secreto de su fuerza. Con ruegos y lágrimas, armas invencibles de la mujer, arrebató á Samson la declaracion que ansiaba. La fuerza de Samson estaba en sus cabellos: aguarda su sueño, y se los corta. Llama á los filisteos, y se apoderan de él fácilmente.

El fuerte es débil entonces: conoce la perfidia, y vé el castigo que Dios le impone por no haber moderado sus pasiones, por no haber se-

(1) Véanse los números desde el 8 de setiembre último.

guido la mision que le impusieran sus padres.

Juguete de los filisteos, le sacan los ojos, le ponen á dar vueltas en un molino, y un dia que celebraban en el templo de su dios Dagon la fiesta de alabanzas á su ídolo, le conducen á allí para mayor divertimento del pueblo.

Samson pide le coloquen entre las dos columnas que sostenian el templo para descansar en ellas; y habiendo recuperado sus fuerzas por crecerle el cabello, se arrepiente de sus faltas, pide perdon á Dios, se ofrece en holocausto inmolando consigo á sus enemigos, y abrazándose á las columnas, las derriba, y se desploma el templo, muriendo allí Samson y 3,000 filisteos.

Cara les costó la traicion de Dalila.

Su memoria es maldita.

Pero si en el mundo se cuentan mujeres para instrumento de maldad, son una escepcion. Casi al mismo tiempo es bendecida otra mujer, y corren todos á vengar su muerte.

Es la mujer del Levita de Efraim, atropellada, escarnecida, deshonorada por los habitantes de Gaba. Hállala su esposo muerta, y la divide en tantos pedazos como tribus habia de Israel.

A la vista de aquellos ensangrentados despojos, de aquellos testimonios del insulto hecho á un israelita, todo el pueblo compatriota se arma:

cuatrocientos mil hombres acuden á vengar á una mujer. Su insulto cuesta la vida á los habitantes de Gaba, cuya poblacion es incendiada.

Era grandioso ver aquella multitud, que desde el Líbano hasta los desiertos de la Idumca, desde los límites del Mediterráneo hasta las montañas de Salaad, corre presurosa á las armas, para derramar con gusto su sangre, sacrificar sus bienes y su vida por demostrar el aprecio en que tenia la honra, el buen nombre de una mujer. ¡Qué valdria su honor sin la estimacion de los hombres!

Dios ayudó su causa porque era justa. El pueblo israelita vengó á la mujer de Efraim, como el pueblo romano á la casta Lucrecia.

Dalila vive enriquecida, y la mujer del Levita pereciendo. ¿Cuál es mas grande? ¿Cuál descuella en la historia? Dalila es maldecida, y bendita la mujer de Efraim. La una con su traicion causa la desgracia de su amante y de sus conciudadanos; la otra, víctima de un atropello, es el motivo de inmarcesible gloria para su pueblo. El bien es rara vez causa de desgracias; quien siembra vientos, solo recoge tempestades.

A. PIRALA.



LITERATURA.

Las auras de Octubre.

Con su soplo el otoño
 Los árboles sacude,
 Y de sus yertas hojas
 La húmeda yerba cubre,
 En el cielo sereno
 Amontona las nubes
 Y ocultan densas nieblas
 Las montañas azules;
 El ruiseñor no canta,
 Las golondrinas huyen
 Del frío que se acerca,
 De las auras de octubre.

Las flores inclinando
 Sus cabezas volubles
 Las perlas del rocío
 En la yerba sacuden;
 Ya en el campo no hay sombras,
 Ni en el jardín perfumes,
 Ni en el árbol murmullos
 Misteriosos y dulces,
 Y solo este silencio
 Tristísimo interrumpen
 Con su pausado vuelo
 Las auras del octubre.

Así cuando en un alma
 El amor se difunde
 El sol de la ventura
 Sobre ella nunca luce;
 Hay sombras de tristeza
 Que sus rayos encubren,
 Y él, sueños, ilusiones,
 Y esperanzas destruye,
 Como á esas pobres hojas
 Que por el aire suben,
 Impelen y arrebatan
 Las auras del octubre.

DOLORÉS CABRERA Y HEREDIA.

Ciudadela de Jaca 16 de octubre de 1852.

Una noche antes de la boda.

Novela.—Traducción libre.

(Continuación.)

Elisa reprobó altamente la idea de acudir al Comisario, cuyo paso, en su concepto, era el mejor medio de echar á perder el asunto. Su dictámen era, que no habia otro recurso sino que su padre se levantara cuanto antes, se dirigiese presuroso á casa de D. Fernando, y empleara todos sus recursos para impedir el lance. D. Mariano convino por último en que efectivamente este era el plan mas razonable, mandó á su hija que se retirara y prometió levantarse en el acto; pero el dulce sueño volvió á caer sobre sus párpados, y ya eran muy cerca de las once cuando se presentó en casa de Fernando.

—Habrà como una media hora que ha vuelto, le dijo la consabida portera; por cierto bien pálido y abatido. No sé lo que le pasa... Pero si el caballero quiere verlo lo encontrará en este momento con un amigo.

D. Mariano comprendió que llegaba algo tarde, y se dió toda la priesa posible en trepar los ciento y tantos escalones que le separaban aun del desconocido. Cuando entró en su habitacion la primera cosa que se presentó á su vista fué un jóven con los brazos cruzados, y sumergido, al parecer, en dolorosas reflexiones.

—Qué hay de particular, preguntó D. Mariano, ha sucedido alguna desgracia?

—Ah! Señor! Mi pobre amigo.... Conocias tambien á Fernando?

—No; pero tengo motivos para interesarme por él en este momento.

—Ah! No ha recibido mas que una estocada ...

El padre de Elisa entró precipitadamente en el aposento del herido, y le vió con la camisa toda cubierta de sangre, y la fisonomía enteramente abatida.

—Es de consideracion la herida? preguntó el recién venido.

—Con quién tengo el honor de hablar? replicó á su vez con desfallecido acento Fernando.

—Me llamo D. Mariano N.... soy el caballero cuya defensa tomasteis ayer noche por cuenta vuestra con alguna inoportunidad acaso; pero de todos modos con mucha generosidad.

—D. Mariano!... No tengo el honor de conocer á ninguno de ese nombre. Ayer.... dí lugar á un lance de honor por defender á una señora á quien acababan de insultar.

—Estais en un error, señor mio, el insultado fui yo, es decir, no insultado, sino algo groseramente apostrafado por un desconocido.

Fernando se sonrió moviendo desdenosamente la cabeza.

—Pero en fin, caballero, estais peligrosamente herido.

—Nada de eso, señor don Mariano: el brazo atravesado de parte á parte, nada mas. Supuesto que conoceis la jóven señora de quien se trata, podeis tener la bondad de decirle que está completamente vengada... El hombre que la insultó ha recibido una herida grave que le ha obligado á entregarme la espada y á confesar su grosería.

D. Mariano respiró; una herida en el brazo por lo general no presenta el mayor peligro; pero como hombre de discrecion, y celoso, como es natural, de la reputacion de su hija, de ningun modo quiso consentir en que el nombre de ella se mezclase en un asunto que le era enteramente extraño.

—Caballero, volvió pues á decir, la señora de que hablais es hija mia, y la injuria que habeis vengado se dirigia á mí esclusivamente. Vuestro antagonista, sea quien fuere, ni conocia á mi hija, ni le habia siquiera dirigido la palabra: solo es, pues, á mí á quien toca el mostrarme agradecido, y por lo tanto os ruego admitais la expresion de mi gratitud, y el sentimiento de haber.... Pero

veamos caballero, dijo por último, alargando la mano á Fernando, qué es lo que me será dado hacer por vos?

El jóven, algo desconcertado, estrechó la mano que se le ofrecia, y aseguró que no queria mas recompensa que el placer de haberle podido ser de alguna utilidad. En vista de esto, el padre de Elisa se retiró, diciéndole que volveria á verle con su cirujano.

—Mucho placer tendré siempre en volveros á ver, exclamó; mas por lo que toca á vuestro cirujano me es de todo punto imposible recibirlo.

—Por qué razon?

—Porque estoy á cargo de un íntimo amigo mio, y tengo puesta toda mi confianza en él.

—Sea en buen hora.

Hé aquí un padre, dijo para sí el supuesto herido, al quedar solo, que no se dejará gobernar muy fácilmente. Pero no importa, las jóvenes no pueden menos de pensar en quien se bate por ellas ó por sus padres; esta aventura me abrirá por lo menos las puertas de su casa.

Ya es inútil advertir, que tanto el insulto como el desafío no habia sido mas que una parodia hábilmente dispuesta por Fernando; el insultante era uno de sus buenos amigos, y la herida se reducía á un simple rasguño, para tener algun pretexto de ensangrentar la camisa.

A todo esto D. Mariano, aunque no estaba muy satisfecho de la intervencion del jóven en aquel asunto, y aunque la creia enteramente desinteresada, no dejó por eso de ser víctima de la estratagema, y en su consecuencia fué á verse con el escribano, en cuya casa Fernando trabajaba.

—Soy un hombre bastante rico, le dijo, he puesto por efectos de una dolorosa casualidad en peligro la vida de uno de vuestros dependientes, qué es lo que podré ahora hacer en obsequio suyo?

Esta pregunta sirvió de preliminar para que el escribano refiriera que el jóven Fer-

nando carecia absolutamente de medios, y que á pesar de la retribucion que le daba, verdaderamente algo escesiva, se hallaba en una posicion bastante apurada. En vista de esto D. Mariano dejó 40,000 rs. en poder del escribano, suplicándole se sirviese hacerse-los admitir al vengador de su afrenta, y asegurarle de su proteccion para el porvenir.

Al recibir Fernando esta suma tuvo un momento de escitacion: chispeaban sus ojos al dirigirse sobre aquellos billetes tan lijeros y suaves, en quien residia el poder de satisfacer las justas reclamaciones del zapatero, del satre y del dueño de la casa en que habitaba, dándole ademas medios para brillar uno ó dos años en la sociedad; pero tambien reflexionó que el aceptar aquella suma era dar muestra de ser un hombre vulgar, de una capacidad muy limitada, y era por último obrar como el peregrino tímido, que se detiene en el átrio del templo sin aliento para penetrar en su recinto. Fernando recogió, pues, los billetes del Banco, y con el brazo vendado se presentó en casa de D. Mariano.

—Señor mio, le dijo con ademan libre y desembarazado: decís que he cometido un error en creer que era á vuestra hija á quien he vengado de un insulto, sea así; pero dispensad que os diga, que por lo que á vos toca, tampoco habeis andado muy acertado pretendiendo pagar mi insignificante servicio con..... con billetes del Banco, caballero..... Os devuelvo, pues, esta cartera que habeis dejado olvidada en la oficina de mi principal.

D. Mariano volvió á recoger sus billetes, y D. Fernando quedó introducido en su casa, siendo considerado como un jóven impetuoso, algo atolondrado; pero recomendable por su singular desinterés.

Elisa habia seguido una por una todas las peripecias de este drama con un interés fácil de comprender. Fernando habia aventurado su vida por ella de un modo tan generoso é impensado, que desde luego se conocia que la generosidad le era una virtud muy fami-

liar. Hallábase tambien algo resentida la señorita de que su padre se hubiese atrevido á ofrecer dinero en recompensa de tan caballerosa accion.... De manera, que en manos de su padre los billetes del Banco se habian convertido en precio de la sangre!... D. Fernando los habia devuelto, no se podia esperar otra cosa, pues para retenerlos hubiera tenido que obrar contra sus propias convicciones. Resulta, pues de esto, que la jóven se confesaba deudora de un desafío que no se habia verificado, y que consideraba como una cosa natural la restitution de los billetes, que en realidad era el verdadero sacrificio del especulador escribiente. No se descuidó éste en aprovecharse de su nueva situacion, y Elisa tuvo conocimiento antes de mucho tiempo de la clase de sentimientos que inspiraba. El recuerdo de Enrique cruzó entonces por la mente de la jóven, que como ya se ha dicho, era el esposo que su padre le destinaba, y con quien ya estaba comprometida; pero la alma de éste estaba muy lejos de ser parecida al generoso carácter de Fernando, tan brillantemente distinguido por esta circunstancia. Enrique poseia bienes de fortuna; mas por esta misma razon no tenia necesidad alguna de casarse con ella, mientras que al dar su mano á Fernando podia remediar la dureza con que la suerte habia tratado á un sujeto tan apreciable.

—Permitidme, caballero, dijo cierto dia Elisa, dirigiéndose al aprendiz de escribano, dispensadme que os pida esplicacion de ciertas palabras dichas á mi padre cuando trató de adquirir vuestro conocimiento, relativas á un proyectado enlace con la hija del escribano en cuyo despacho trabajais...

Fernando ya estaba preparado para responder á esta pregunta; aparentó pues una ligera confusion, y fijando la vista en el suelo, respondió.

—Señorita, cierto es que mi familia habia pensado en un enlace, que no era repugnante á la persona que habeis nombrado; pero yo rehusé....

—Rehusáisteis? repitió Elisa.

—Rehusé, señorita; porque desde el punto en que os ví me fué imposible....

—Y si yo tuviera algun compromiso? repuso prontamente la jóven; si mi padre hubiese dispuesto ya de mi porvenir?

Fernando con la mano sobre el corazon y la mirada en el cielo, exclamó. Señorita, yo podré ser desgraciado; pero perjuro nunca... Mi boca nunca dirá sino lo que el corazon siente.... Todos los tesoros del mundo no conseguirian que yo llegase á mentir una passion... el enlace de que me habeis hablado no llegará nunca á verificarse.

De manera que Elisa veia en aquel jóven, no solamente un hombre que habia espuesto su vida por ella, sino que ademas le sacrificaba su fortuna, y que aun viéndose pobre y sin esperanzas, rehusaba por ella una buena colocacion.

(Continuará.)

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR. (1)

(Continuacion.)

CONOCIMIENTOS PRELIMINARES.

Aunque no sea imposible bordar bien colocando la tela, cuando es trasparente, sobre un dibujo hecho en papel, se borda, sin duda alguna, con mas comodidad y soltura señalando el dibujo sobre la misma tela, y aun si ésta no es bastante clara, que permita ver el dibujo bien distintamente, es de todo punto indispensable practicar esta operacion.

El proceder mas conocido para trasportar el dibujo sobre la tela se llama *picado* ó *estarcido*: el método de usarlo es el siguiente:

Se estiende sobre una mesa un pedazo de paño ó una manta de franela doblada, colócase encima dos hojas de papel, y sobre éstas el dibujo. Se las sujeta juntas con alfile-

res en el paño, para que no hagan movimiento, y en seguida con una aguja larga, y medianamente gruesa, se van picando con regularidad todos los trozos del diseño, de manera que quede exactamente señalado sobre el papel que se ha puesto debajo. Se debe poner un cuidado particular en marcar bien las partes agudas y los mas pequeños contornos del dibujo: las picaduras deben estar lo mas aproximadas que sea posible unas á otras, á fin de que indiquen con precision sus líneas, vueltas ó inclinaciones. No es absolutamente necesario que sean dos las hojas de papel que se pongan debajo del dibujo, pero se hace mejor esta operacion en un papel doble. La hoja que debe servir con preferencia es la de encima, que es la mas inmediata al dibujo.

Picado el dibujo, sería bueno pasar por el revés de las picaduras una piedra pómez, si se tuviese á mano, para igualar los bordes que la aguja ha formado.

Hecho esto, se estiende sobre el paño la tela que se quiere bordar: colócase sobre ella el dibujo picado, pasando por encima de todas las picaduras una muñequita empapada en unos polvos á propósito, de que hablaremos despues: estos polvos penetrando por los agujeritos reproducen el dibujo sobre la tela. Para impedir que se borre se pasa por encima una plancha caliente, despues de haberlo cubierto con una hoja de papel. La resina que contienen los polvos se derrite con el calor, y fija de este modo el dibujo sobre la tela.

Estos polvos deben ser negros para usarlos sobre tela blanca, ó blancos si ésta es de color.

Para obtener estos polvos se pone á derretir en un puchero nuevo un poco de almáciga, con una trigésima parte de aceite, ó mejor, de cera vírgen, añadiéndole lo suficiente de polvos de marfil ó humo de pez, para que tome buen negro, y meneándolo con una espátula hasta que se deslia completamente: en este estado se va echando esta composi-

(1) Este Tratado es propiedad del Editor.

cion en unos naipes, cuyas orillas se doblan para que formen como una cajita; y cuando está bien fria se la reduce á polvo moliéndola bien y pasándola por un tamiz. Si se quiere que estos polvos sean blancos, en lugar de poner humo de pez se pone de albayalde, todo lo mas que se pueda.

Para hacer la muñequita se toma un pedazo de castor ó de paño, que tenga de doce á quince centímetros de largo, por seis de ancho: se rodea esta tira sobre sí misma, sujetándola despues con un cordoncito de seda ó un hilo fuerte, por todo su largo, dejando sin atar á cada uno de los cabos un poco menos de un dedo.

Escusado es decir, que adonde no haya proporcion ó tiempo para hacer estos polvos, puede suplirse por el medio mas conocido y usual de un cisquero ó muñequita de lienzo fino, que contenga carbon molido ó albayalde bien pulverizado.—T. P.

(Continuará)

TEATROS.

Entre las novedades teatrales de la semana pasada ha sido la mas notable la comedia en tres actos y en verso, titulada *Una mentira inocente*, original del señor D. José Selgas, representada en el teatro del *Príncipe*. Esta produccion corresponde dignamente á la reputacion literaria del autor de la coleccion de poesías *La Primavera*. Su sencillo argumento presenta escenas de bastante efecto, que han sido muy bien desempeñadas por los cinco únicos actores que tomaron parte en ella. El señor Romea (D. F.) estuvo muy feliz en su papel de calavera, que á falta de triunfos amorosos que referir á su amigo, de vuelta de sus viajes, inventa una mentira inocente, bien distante de figurarse que por ella habia de alterarse la felicidad de una familia que le ofrecia tan generoso hospedaje. La señora Ramos caracterizó muy bien el de viuda jóven y desocupada, que *coquetca* por

hacer algo. El señor *Guzman* representó, como acostumbra, al criado antiguo, fiel y regañon, cuyo instinto afectuoso presiente que la llegada del compañero de las disipaciones de su amo no puede menos de ser una fatalidad. La señora *Palma*, con una sensibilidad llena de dignidad, hizo interesante su papel de casada jóven, que sufre, sin comprenderlos, caprichos duros é inusitados de su marido; y el señor Romea, mayor, con su acostumbrada maestría, supo dar colorido al papel de celoso, sin fundamento, cuyo tipo sin embargo de que no deja de encontrarse en la sociedad, seria de poco efecto en el teatro sin un buen desempeño. Todos fueron muy aplaudidos y llamados á la escena, con el autor, que no se presentó por una modestia que le honra.

En el *Instituto* se ha estrenado tambien la comedia en un acto y en verso, original del señor Larrea, titulada *Una suegra*. Su diálogo fácil, su argumento sencillo, y sus chistes de buen género, merecieron bien de los espectadores, que aplaudieron algunas de sus escenas.

El *Drama*, luchando contra su mala fortuna, ha dado el titulado *La esposa de Sancho el Bravo*, original de los señores Pareño y Monge, que agradó bastante en su primera representacion.

MODAS.

Hay tal indecision en este momento en las modas, queremos decir en el corte de los vestidos, que no nos atrevemos á asegurar si para las grandes reuniones de invierno se llevarán los cuerpos de cintura redonda, ó entallados y de punta. En la actualidad todo se reduce á pruebas. Todas queremos tener un vestido de cintura recta, pero al segundo que nos mandamos hacer ya reemplazamos esta hechura por la tan conocida de punta. No puede negarse que ninguna otra es tan

apropiada al talle de una mujer: da gracia á las delgadas y disminuye la cintura de las gruesas, de manera que unas y otras concluyen por confesar que perderian en el cambio. No nos aventuramos á decir por cuál de los dos quedará la victoria: lo probable es, que una y otra se llevarán todo el invierno, y que esta gran cuestion no quedará resuelta hasta fin de la estacion.

Entretando hemos visto un traje de novia que participaba de las dos formas: para recibir por la mañana un vestido de moiré antiguo brochado, de un hermoso blanco de plata, cuyo cuerpo, de cintura redonda, alto y guarnecido de encaje de Alençon, tenia un ancho cinturon, cuyas puntas caian hasta la rodilla: este cuerpo se reemplazaba para la tarde por otro en punta, de drapería, guarnecido con algunos órdenes de una rica blonda, que adornaba tambien las mangas.

Mientras se anuncian las grandes reuniones lo que mas ocupa son los trajes de la mañana, bien para recibir en casa ó para calle. El color negro es el mas admitido, especialmente para salir á pié, y no es por razones de economía por las que obtiene esta preferencia, porque cualquiera otro color puede llevarse mas tiempo que este sin que se desluzca. Lo negro necesita conservar el brillo y la frescura de un vestido nuevo para parecer bien: desde el momento que se empolva ó comienza á pardear, toma cierto aire de miseria que le quita toda elegancia.

La ventaja que tiene un vestido negro, siendo por supuesto de seda, es que todos los sombreros le están bien. Una señora con traje negro y una manteleta de terciopelo guarnecida de blonda ó de un buen fleco, sin mas que ponerse un sombrero azul con plumas y blonda, está muy bien vestida para visitas.

Para darse algun grado menos de elegancia, si lo prefiere, puede sustituir aquel sombrero por otro de terciopelo granate ó ave-llana con plumas del mismo color, y poniéndole en el interior del ala algunas flores de colores variados, ó adornos de cintas estre-

chas, colocados con gracia, puede estar segura de que se presenta de un modo conveniente. Inútil es decir que con ningun traje luce tanto la mantilla como con el negro.

Un vestido de brocado de color morado con ramaje negro va muy bien con un chal largo de cachemir, y con un sombrero de terciopelo morado guarnecido de blonda negra, y en el interior flores blancas y las cintas del mismo color.

Esplicacion del dibujo que acompaña á este número.

El dibujo que acompaña á este número es un patron para Talma de una niña de ocho á diez años; la forma puede servir para todas edades, sin mas que aumentar ó disminuir un poco todo al rededor, para hacerlo mas grande ó mas pequeño. Puede hacerse de terciopelo, y si se quiere bordar en sedas, son muy á propósito los dos dibujos á plumetis que contiene. Si se hace de paño, se le puede guarnecer sencillamente de galon ó terciopelos, ó bordarlo de trencilla ó cordoncillo, con los dibujos que á este objeto lleva.

Advertencias.

Las señoras Suscriptoras cuyo abono concluye con este número, se servirán renovarlo á tiempo si no quieren sufrir retraso en el recibo de los sucesivos.

Las que prefieran hacerlo directamente á la Redaccion, pueden remitir Libranza de 20 rs. por trimestre, en lugar de los 21, para que no se perjudiquen en el coste del giro.

Con uno de los números inmediatos se repartirá el grabado para la inteligencia del ARTE DE BORDAR que estamos publicando.